

ACERCA DE UN DOCUMENTO SOBRE EL ALMIRANTE BROWN

El documento que se transcribe a continuación llegó a mis manos circunstancialmente. Se trata de un hecho histórico bien conocido, pero el enfoque es muy particular y sin duda su autor ha estudiado detenidamente los sucesos en libros y documentos a su alcance. Por tratarse de un miembro de la masonería, ha enfatizado en el mismo la intervención que la logia tuvo en los acontecimientos que motivan la narración.

He traducido el original del inglés y he tratado de apartarme lo menos posible de su texto, no obstante, he suprimido del mismo algunos párrafos que se referían específicamente a las ceremonias masónicas oficiadas a bordo de los buques argentinos y a la descripción de la sala que servía de templo o los objetos que en ella se usaban, por parecerme que no aportaban ningún interés adicional al relato de los hechos históricos. Ignoro la nacionalidad de su autor aunque presumiblemente se trata de un inglés. El documento no fue hecho público por tratarse de un trabajo interno que solo circuló entre los integrantes de la logia masónica y no tengo tampoco los datos de la fecha en que fue escrito.

ALMIRANTE WILLIAM BROWN

SU CAPTURA Y RESCATE POR LA MASONERÍA EN GUAYAQUIL

por el Dr. J. R. Levi-Castillo

Esta es la historia de un miembro inglés de la masonería, el Almirante Guillermo Brown, cuyo nombre es poco conocido en Inglaterra, pero en Sudamérica es considerado tan importante como lo es el Almirante Nelson en el resto del mundo.

En los últimos meses de 1815 el gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, con sede en Buenos Aires en lo que hoy sería la República Argentina, decidió instigar una revolución en las colonias españolas situadas a lo largo de las costas del Pacífico. Con este fin, comisionaron al Almirante Brown, que estaba al servicio del gobierno argentino, que hiciera un crucero hacia el norte por las costas de Chile, Perú y Ecuador, hostilizando cuanto fuera posible a las autoridades españolas.

El 15 de octubre de 1815, enarbolando su bandera en el *Hércules*, un bergantín de veinte cañones comandado por su hermano Miguel, partió desde Buenos Aires acompañado por el bergantín de 16 cañones *Trinidad*, al mando de su cuñado Walter Chirry, el bergantín armado *Halcón* capitaneado por el coronel Hipólito Buchard, segundo comandante de la expedición, y la goleta *Uribe*.

Infortunadamente, una terrible tormenta los sorprendió cruzando el estrecho de Magallanes, a consecuencias de la cual se perdió el *Uribe* y los otros barcos sufrieron severos daños que los forzaron a hacer una escala en la isla Mocha para efectuar reparaciones. Una vez completados los trabajos, las tres naves restantes partieron hacia el Callao que no sólo era el puerto peruano más importante sino que, en razón de su situación servía de escudo para la capital, Lima. La pequeña flota bloqueó el puerto durante tres semanas, pero los intentos de capturarlo se vieron frustrados por la resistencia de las poderosas fortificaciones, por lo tanto se celebró un consejo de guerra después del cual el Almirante Brown decidió seguir hacia el norte. En las siguientes semanas capturó varios navíos españoles que conservó como presas de guerra, dotándolas de tripulaciones argentinas. Pero los marineros españoles significaban un problema, ya que Brown no quería sobrecargar sus naves con prisioneros, a los que además debía alimentar. Obviamente no podía eliminarlos, así que decidió desembarcarlos en la costa, en diferentes sitios, con suficiente agua y provisiones para su supervivencia, hasta que llegaran a alguna población. Esta decisión fue una valiosa propaganda para él, ya que sirvió para hacer correr la noticia de que corsarios ingleses merodeaban, aterrorizando a las poblaciones costeras.

Seguramente también tenía la desventaja de que los habitantes de Guayaquil ya habían sido atacados por piratas holandeses mandados por Jacobo l'Hermite que había robado y arrasado la ciudad, por lo tanto, en vez de considerar a los argentinos como libertadores, cada vez que veían un barco hacia el poniente, lo recibían como a un pirata

El almirante Brown continuó su viaje hacia el norte, siguiendo la ruta de los galeones españoles, y el 28 de enero de 1816 avistó dos fragatas. Sus comandantes, que ignoraban la presencia de la flotilla argentina en esas aguas, fueron tomados por sorpresa. Tras un breve combate, ambos navíos, la *Consecuencia* y la *Candelaria*, fueron capturados y todos los pasajeros y la tripulación, tomados prisioneros.

Las presas fueron muy importantes ya que los barcos, que habían partido de Cádiz el 11 de octubre de 1815, estaban cargados de comida, vino y mercancías, llevando además una nutrida

correspondencia para el virrey del Perú. A bordo viajaban algunos pasajeros notables, incluyendo al brigadier Don Juan Manuel de Mendiburu, el nuevo gobernador de Guayaquil que, en su carácter de gobernador electo, viajaba a Lima para presentar sus credenciales al virrey antes de hacerse cargo oficialmente de sus nuevas tareas. Fue una verdadera suerte que él estuviera entre los pasajeros porque sería el responsable de salvar la vida del Almirante Brown, como veremos más adelante.

También había entre los prisioneros otras importantes personas por las que se podía, llegado el caso, pedir rescate. Todas ellas fueron tratadas de acuerdo a su rango y posición social. El almirante Brown y sus oficiales se comportaron como caballeros y no como piratas, desvirtuando las historias que sobre ellos se contaban. Eso les valdría más tarde poder establecer una tregua después del ataque a Guayaquil

La pequeña flotilla siguió su viaje hacia el norte hasta arribar al golfo de Guayaquil, en las cercanías del Cabo Blanco, capturando al bergantín *Místico*, la goleta *Sacramento* y varios pequeños barcos de transporte costero. A esta altura de los hechos, el número de prisioneros había alcanzado un nivel peligroso, por lo tanto muchos fueron desembarcados en la Isla de los Muertos con suficientes alimentos y agua para poder sobrevivir hasta que fueran rescatados.

El almirante Brown no estaba familiarizado con esas aguas, así que cuando capturó una pequeña barca que venía de Paita, forzó a su piloto a guiar a la flotilla hasta la isla de Puna y encontrar allí un lugar seguro de amarre. Las tripulaciones fueron enviadas a tierra para conseguir agua y alimentos conque reabastecer las casi agotadas provisiones. El almirante Brown desembarcó personalmente con treinta marineros armados para conseguir pilotos expertos que pudieran llevar sus barcos a salvo hasta Guayaquil.

Después de haberse reabastecido, aprovechando la marea alta, los tres barcos remontaron el río para volver al mar sin que la guardia los hubiera detectado. De pronto el almirante Brown, que encabezaba la marcha a bordo del bergantín *Trinidad*, advirtió la presencia de una goleta, pequeña pero veloz, la *Nuestra Señora del Carmen*, cuyo capitán era un americano descendiente de Franceses, José María Villamil de quién posteriormente se sabría que era un masón de Nueva Orleans que en 1810, a los 21 años de edad, había sido iniciado en la Logia de los Caballeros Racionales N° 7 de Cádiz, durante su estancia en España, Villamil llevaba una carga de cacao y mercancías desde Guayaquil hacia Panamá, pero al ver a los barcos argentinos, inmediatamente inició el regreso al puerto de

partida a toda veía, para dar la alarma

Brown dio orden de perseguirlo para capturar la goleta, pero ésta era muy rápida y Villamil conocía todos los recodos del fangoso río y pronto se perdió de vista. Una vez en mar abierto, Villamil puso proa a Guayaquil a toda carrera, dando a aviso a las poblaciones por las que pasaba de la presencia de los "piratas" y arribando finalmente algunas horas antes que los pesados barcos argentinos, que habían sido demorados por la bajante de la marea

Inmediatamente dio aviso a su amigo el gobernador que puso en alerta a la guarnición de Punta Piedra, compuesta por una bien entrenada milicia con catorce cañones de 12, 18 y 24 pulgadas, que se prepararon para la acción con gran confianza A la 4.30 pm. del 9 de febrero de 1816, arribaron los barcos argentinos que comenzaron a cañonear al fuerte. A pesar de fiera resistencia opuesta, un grupo pudo desembarcar, armados de fusiles con bayonetas y, tras un breve combate, lograron entrar al fuerte del que sólo escaparon nueve hombres que se perdieron en la floresta El primero en entrar a la fortaleza fue el cabo argentino Juan Lafaye, del regimiento de Patricios de Buenos Aires que arrió la bandera española y más tarde la llevó como trofeo de guerra a Buenos Aires, donde aún se conserva en el museo del regimiento.

A la 5,30, después de una hora de hostilidades, la batalla había concluido y el fuerte había sido destruido. La pólvora y las municiones fueron acarreadas a los barcos argentinos. Sólo quedaban detrás las humeantes ruinas del fuerte de Punta Piedras. No obstante, se había perdido un valioso tiempo, que habría de ser ganado por los defensores de Guayaquil Si en aquel entonces hubieran existido mejores medios de comunicación, quizás los habitantes de Guayaquil hubieran podido enterarse de que los atacantes no eran piratas y que el Almirante Brown venía a liberarlos de los españoles. Quizás entonces hubieran colaborado con sus tropas en la toma de la ciudad en lugar de resistirse. De todos modos, el Almirante Brown no estaba en condiciones de mantener el dominio de la ciudad indefinidamente y a pesar de haber triunfado, sabía que pronto podría ser retomada.

Así las cosas, el gobernador español, Brigadier Don Juan Vasco y Pascual, llamó a un consejo de guerra, incluyendo al obispo, jefes militares, el cabildo de la ciudad y otros importantes ciudadanos, y los convenció de que los atacantes eran piratas que sólo pretendían saquear la ciudad. Las campanas de los templos se echaron a vuelo llamando a los ciudadanos de Guayaquil a tomar las armas en defensa de sus hogares y ellos respondieron llegando de las cuatro esquinas de

la ciudad armados de fusiles, pistolas, mosquetes, sables, lanzas, picas y otras armas. Se formó un batallón de milicianos con 1800 ciudadanos, pobremente armados, para luchar en defensa de sus casas.

El Gobernador, acompañado por el Coronel Jacinto Bejarano (también perteneciente a la masonería), el teniente coronel José Garbo y algunos ciudadanos prominentes, enfrentó a la milicia arengándola con estas palabras: "*Ciudadanos de Guayaquil nos enfrentamos a peligrosos piratas ingleses que vienen a saquear, incendiar y destruir nuestra ciudad. Acudid a las armas y combatid por vuestro rey y vuestros hogares,*" Los hombres prorrumpieron en gritos de: *\Viva el Rey... Viva Guayaquil... Muerte a los piratas ingleses...!* Y por el resto de la noche continuaron preparándose para la defensa de la ciudad.

Las únicas tropas regulares en la guarnición eran cuarenta soldados del Regimiento Real de Lima* bajo las órdenes del comandante José Matías Tirapategui, la milicia sería comandada por el coronel Jacinto Bejarano y el teniente coronel José Carbó y Unzueta. Los miembros más importantes de las familias españolas de la ciudad formaron un batallón especial de fuertes jóvenes que años después se convertirían en prominentes soldados, políticos y hasta presidentes del Ecuador, pero en aquel momento apenas eran un grupo de jóvenes enardecidos que querían luchar en defensa de su ciudad.

También algunos viejos oficiales de marina emplazaron un par de antiguos cañones junto al río y se prepararon para ofrecer una débil resistencia con el reducido parque de pólvora y municiones de que disponían. Al sur de la ciudad existía un pequeño fuerte, San Carlos, y a poco menos de una milla de distancia, una batería conocida como Las Cruces, pero estaba equipada con unos pocos cañones obsoletos y una insuficiente cantidad de pólvora y municiones. Aparte de eso sólo había unas pocas barcas armadas que no podrían hacer mucho, frente a los pesados cañones de los barcos argentinos.

Al atardecer del 10 de febrero de 1816 los preparativos estaban listos. Pero la ciudad no sería tomada debido a un infortunado accidente. El primer barco en aparecer fue el *Trinidad*, con todo su paño al viento y la bandera argentina al tope del mástil. Pero los ciudadanos no reconocieron los colores celeste y blanco, y lo tomaron por una enseña pirata. *La Trinidad* fue avistada por los viejos oficiales de Las Cruces que estaban a las órdenes de Don Juan Barno de Ferruzola y abrieron fuego a las 10 y 30 de aquella mañana. Pronto agotaron sus

municiones. Los milicianos se prepararon para defender la batería, pero un contingente de argentinos fue enviado a tierra y luego de un breve intercambio de disparos y una carga de bayoneta, los españoles se desbandaron y el fuerte fue destruido.

La partida de argentinos retornó al barco y el almirante Brown comenzó los preparativos para atacar el fuerte San Carlos, Para poder apuntar sus cañones hacia él, ordenó al piloto dirigir la nave hacia la costa, pero el piloto, que era buen conocedor del río, le advirtió que con la marea baja existía el peligro de varar el barco. El almirante Brown apuntó con su pistola a la cabeza del piloto diciéndole que, si apreciaba su vida, cumpliera su orden. La *Trinidad* con todos sus cañones disparando, comenzó a arrimarse a la costa, pero una sorpresiva ráfaga de viento la arrojó sobre un banco de arena donde quedó firmemente varada. Viendo que el barco había quedado inmóvil e indefenso, los integrantes de la milicia de Guayaquil se arrojaron al agua, armados de cuchillos y espadas, nadaron hasta el barco varado y comenzaron a trepar por las bandas hasta la cubierta principal. Los argentinos se defendieron bravamente pero la superioridad numérica de los milicianos prevaleció y la tripulación de la *Trinidad* estaba a punto de ser vencida.

Viendo la carnicería y reconociendo que cualquier resistencia ya sería inútil, el almirante Brown arrió la bandera como signo de rendición, pero la maniobra no fue comprendida por los milicianos que siguieron atacando. El almirante, desnudo excepto por la bandera que lo cubría, se arrojó al río intentando escapar, pero al ver que no era seguido por sus tripulantes que continuaban el desigual combate, regresó al barco para seguir luchando con sus hombres hasta la muerte.

En este punto el jefe de la milicia, Don Manuel Jado, queriendo concluir con aquella matanza exclamó: "*¡Detengan la matanza! ¡No manchen la victoria! ¡Misericordia para ¡os pocos sobrevivientes.* El combate cesó, de los 82 tripulantes de la nave, sobrevivían menos de la mitad. La mayoría, seriamente heridos, fueron llevados al hospital pero el almirante Brown fue conducido al despacho del gobernador donde fue tratado con gran cortesía y se le proveyeron ropas. Como él no hablaba mucho español y el gobernador no sabía inglés, el capitán de Luisiana... José María de Villamil fue llamado para officiar de intérprete.

A su llegada, el almirante Brown, pensando que era inglés, lo saludó dándose a conocer como masón y al ser correspondido su saludo exclamó: "Espero, hermano, que mi vida no esté en peligro ya que supongo que eres un ciudadano inglés y me darás ayuda en este país" A lo que Villamil replicó: "No soy subdito británico sino un

ciudadano de los Estados Unidos de América, pero siempre estoy dispuesto a auxiliar a un hermano en desgracia. Su vida no está en peligro, gracias a las influencias que tengo en este país. Puede estar seguro, hermano, que haré todo lo posible para liberarlo de alguna manera." No era ésta la primera vez que Villamil había ayudado a otros masones en desgracia. Seis años antes, proveyéndoles de papeles de identidad fraguados, había logrado que un grupo de oficiales de Napoleón, francmasones, pudieran escapar de los españoles.

El almirante contó entonces al capitán Villamil, cuál era el objeto de su expedición, que venía como representante de las Provincias Unidas del Río de la Plata y que tenía en el bergantín Hércules a algunos importantes prisioneros españoles, incluido el nuevo gobernador de Guayaquil^ brigadier Don Juan Manuel de Mendiburu. Villamil transmitió el mensaje al gobernador, señalando que si no liberaba al almirante, probablemente los prisioneros fueran muertos. Entonces se convino que el almirante Brown escribiera una nota a su hermano y a su cuñado, comandantes de los otros barcos, lo que hizo en estos términos:

"Queridos Walter y Miguel:

Estoy prisionero, pero no he sido lastimado en absoluto. El gobernador es un caballero correcto y civilizado y un buen soldado.

No deben tratar de atacar, esperen mis órdenes. Yo le he propuesto enviar a todos los prisioneros a tierra si me libera junto a mi tripulación, pero no estoy seguro de que mi pedido sea aceptado. Les he dicho que ustedes esperarán un par de días y luego retornarán a Buenos Aires con sus prisioneros, abandonándome a mi mala suerte. Cuiden a mi pobre Elisa y a mis pequeños hijos. Por favor, mándenme una docena de camisas limpias, camisetas, pantalones tiradores, chaquetas, botas y mi mejor casaca con mi navaja y jabón de afeitarse. Quiero mis mejores botas y dos pares de buenos zapatos y mi mejor sombrero negro naval. Perdí mi reloj y todo lo demás. Dios los bendiga y proteja. Háganse cargo de mi familia, *que tengan un buen viaje son los sinceros deseos de vuestro afectuoso hermano.*-

G

Guillermo Brown P.S. Mándenme algo de dinero y póngalo a mi cuenta,

Conociendo la importancia de los españoles que estaban retenidos como prisioneros, el Procurador de la

Ciudad decidió llevar la carta personalmente, entregarla en mano a los comandantes y traer la respuesta de regreso convocó a una reunión de prominentes ciudadanos en la sala capitular del Cabildo. En la reunión estuvieron presentes el primer y segundo comandante, Don Manuel de Avila y Don Vicente Martín, y también Don José Ignacio de Garrichategui, Don Gabriel García Gómez y muchas otras personalidades. El Gobernador leyó a los presentes la respuesta del Comandante Miguel Brown, que decía lo siguiente:

Bergantín Hércules - Punta de Piedra, febrero 11 de 1816 Por una carta de mi hermano, Coronel Comandante Brown, he sido informado de que él es prisionero de su excelencia. Tengo a bordo de este barco un considerable número de caballeros prominentes que son ahora mis prisioneros, algunos de los cuales son de alto rango y distinción, como Ud. podrá ver por la lista que le envié. Le propongo un intercambio de prisioneros y, hasta que tenga el honor de recibir su respuesta, que yo espero sea lo más pronto posible, todas las hostilidades deberán cesar. Tengo el honor de declararme su más obediente servidor,
Miguel Brown

Después de haberse leído la lista de los prisioneros, hubo una opinión prevaleciente de proceder al intercambio^ pero éste debería estar sujeto a que los argentinos garantizaran que cumplirían la condición de partir inmediatamente después, dejando en paz a la ciudad de Guayaquil. Una minoría, no obstante, se oponía a cualquier forma de compromiso con los "delincuentes comunes" y demandaban que el Almirante Brown y los otros prisioneros fueran colgados como ejemplo para los futuros invasores del territorio. Finalmente el gobernador envió una respuesta en estos términos:

Al comandante del Hércules - Punta de Piedra Con respecto a su pedido de cambiar a su hermano, coronel comandante Brown, por los caballeros cuyos nombres me ha enviado, debo contestarle que imperiosas razones me impiden aceptar sus términos.

Dios guarde a Ud. muchos años.
Guayaquil, febrero 11, 1816

Juan
Vasco y
Pascual

Cuando el comandante de las milicias de Guayaquil leyó el mensaje, se alarmó mucho porque sabía que la reserva de pólvora y municiones estaba casi exhausta y si los barcos argentinos volvían a atacar, no habría esperanzas de defender la ciudad. Por otra parte, la mayoría de las casas eran de madera con techos de de hojas de palmera, la ciudad completa podría arder en poco tiempo reduciéndose a cenizas. Pero la carta del gobernador ya había llegado a destino.

Los miembros del consejo decidieron que el gobernador mandara una segunda carta:

Miguel Brown - Punta de piedra

El Consejo y algunos importantes ciudadanos de Guayaquil han decidido cambiar ¡os prisioneros, pero con ¡a condición de que la flota deberá abandonar inmediatamente las aguas del rio Guayas y no retornar, asimismo deberán entregarse todos los prisioneros y las cajas con la correspondencia real. Debo aclararle que si decide aceptar la propuesta, deberá retirar los barcos del rio dejando solo una barca pequeña, desarmada, para conducir en ella a los prisioneros.

Dios guarde a Ud. muchos años.

En Guayaquil a las dos de la tarde del 12 de febrero de 1816.

Juan Vasco y
Pascual

Antes de que la segunda carta llegara al Hércules, se recibió en Guayaquil ía respuesta a la primera:

Bergantín Hércules en el rio - Febrero 12 de 1816.

He recibido la carta de su excelencia y no puedo aceptar su proposición; nuestras futuras comunicaciones serán hechas frente a la ciudad

Tengo el honor de ser, su Excelencia, su humilde

servidor

Michael Miguel Brown

Con la marea alta, a las 9 a. m. del 12 de febrero de 1816 los dos bergantines argentinos, el *Halcón* y el *Hércules* navegaron, listos para la acción, con los hornillos encendidos para los proyectiles incendiarios y los cañones preparados. De inmediato comenzaron a disparar las granadas candentes sobre la ciudad. Muchas casas fueron pronto presa de las llamas y la ciudad quedó rápidamente a merced de los invasores. La escasa reserva de balas y pólvora habían sido usadas y solo quedaron para defenderla las espadas, lanzas y otras armas primitivas. Sin embargo, con su última andanada, Juan del Barno y Ferruzola hizo un impacto directo sobre el timón del *Halcón*, poniéndolo fuera de combate y expuesto a sufrir la misma suerte de la *Trinidad*. El *Hércules* vino en su ayuda y lo arrastró fuera de la escena de las acciones. Pero esto sólo fue un respiro para la ciudad porque los argentinos volvieron a atacar, después de haber reparado el timón en Punta Piedra.

Al día siguiente un gran bote se aproximó desde Punta Piedra, enarbolando una bandera blanca de parlamento, y llegó hasta el fuerte Las Cruces donde solicitaron permiso para desembarcar un pequeño grupo. Otorgado el mismo, dos oficiales argentinos en uniforme naval, descendieron del bote y después de cambiar saludos con el comandante Don Juan del Barno y Ferruzola, que estaba a cargo de la batería, les fueron vendados los ojos y conducidos por una guardia armada, los llevaron al palacio del gobernador. Allí entregaron la siguiente nota:

He autorizado al capitán Hipólito Buchard del bergantín armado Hawky al Dr. Carlos Handford del Hércules para hablar con su excelencia o con las personas que Ud. designe y los términos que convengan entre ellos serán escrupulosamente respetados por los barcos de ja flota bajo mi comando. Tengo el honor de ser el humilde servidor de su excelencia, Michael Brown, febrero 13 de 1816.-

El gobernador les pidió que aguardaran hasta que convocara su consejo de guerra, así tendría más poder para negociar un acuerdo y para encontrar una salida a la trágica situación a la que se había arribado.

A las siete de la tarde de ese día, se reunió el consejo de guerra

y se comenzó a delinear los términos de la paz y a discutirlos con los emisarios argentinos. Los términos del consejo fueron los siguientes: "Que los argentinos debían rendir todos los barcos que habían capturado, junto con sus tripulaciones y pasajeros, incluso sus propios barcos con sus armamentos. En retribución, el gobernador de Guayaquil les proveería de un barco desarmado y devolvería todos sus prisioneros más una suma de ochenta, o hasta cien pesos, para ser usada en cualquier propósito que creyeren oportuno." Estos términos estaban totalmente alejados de la realidad, como si los ciudadanos de Guayaquil hubiesen sido los vencedores. Los argentinos los rechazaron de plano, considerándolos humillantes. Entonces los ciudadanos hicieron una nueva propuesta: "Que los argentinos rindieran todas sus presas, junto con los prisioneros, mercaderías, etc. que habían capturado; a cambio recibirían todos sus prisioneros, y tendrían que partir tan pronto como les fuera posible, a lo sumo cuatro días después de firmado el tratado definitivo. Como alternativa se proponía la devolución de todos los barcos y mercaderías capturados a cambio de 50.000 pesos en efectivo."

Estos términos tampoco fueron aceptados y finalmente, tras prolongadas discusiones el tratado se redactó así:

1- Que las fuerzas enemigas dejarán este rio para siempre, anclando en Punta Arenas hasta que el tratado esté debidamente firmado y verificado el cumplimiento de las condiciones siguientes:

2.-Por parte del Gobernador de Guayaquil, entregará al jefe de las fuerzas enemigas y a la tripulación del bergantín capturado, comprendiendo más de 32 hombres o por lo menos aquellos que estén en condiciones de abandonar el hospital.

3.-Por parte de los Argentinos, devolverán la fragata Candelaria, el navío Místico y los dos bergantines con sus cargas completas, así como las sacas de correspondencia que fueron capturadas frente al Callao. Queda comprendido que los barcos serán devueltos con sus respectivas cargas.

Las negociaciones habían llegado a término, pero ni Buchard ni Handford podían firmarlas porque ello excedía sus atribuciones. Antes de firmar ningún acuerdo, los términos debían hacerse conocer a Michael Brown y ser aprobados por él y por los oficiales que estaban al mando de la flota, así que se hicieron los preparativos para que ambos regresaran a sus barcos en Punta Piedra.

Cuando el Almirante Brown tuvo conocimiento de esto, conociendo el carácter intransigente de su hermano, temió que no se llegaría a ningún arreglo y que en vez de recuperar su libertad, sería tratado como un pirata y colgado sin consideraciones. Mandó entonces llamar al capitán Villamil y le pidió que gestionara un permiso para poder enviar una nota a su hermano Michael que, aunque escrita en inglés, podía ser traducida para que la leyera el Gobernador y se enterara, a través de su contenido, de su buena fe y sinceros deseos de arribar a una paz razonable. Villamil accedió a ser el intermediario y traducir la carta al español, esta carta aun se conserva junto a los papeles correspondientes al proceso contra el Almirante Brown, en el Archivo Histórico de Guayaquil Este es su texto:

Querido hermano, siento mucho que hayas llevado a cabo la acción contra la ciudad a pesar de que te había pedido que no lo hicieras. Has el favor de confirmar mi oferta de restituir todos los prisioneros, espero que no contravengas mis deseos y te deseo toda la felicidad del mundo. Tu afectuoso hermano, William Brown.
Febrero 13 de 1816.

Los mensajeros portadores de la misiva retornaron inmediatamente, mientras los negociadores argentinos aun se encontraban en Guayaquil Villamil tradujo al español la carta para el gobernador y las dos versiones están aun en los archivos locales. Este es el texto del original:

Querido hermano. Hemos recibido tu pedido y puedo asegurarte que, si el viento no me hubiera fallado esta mañana, Guayaquil estaría ardiendo todavía. El capitán Jones está conmigo. Walter está a cargo de la Consecuencia. La goleta está bien equipada para prevenir cualquier desarrollo y asegurar el retiro de Punta Piedra. Hemos notado que numerosas barcas armadas están bajando por el río. El Hawk está preparado. Buchar y Handford fueron enviados para hablar con el Gobernador y están autorizados para proponerle los términos que me dices, y todavía más. Todo está bajo control. Las tripulaciones están sedientas de venganza. Ellos claman "póngannos junto a los cañones, queremos recuperar a nuestro Almirante". Yo podría caer sobre la ciudad, si lo deseas, no bien retornen nuestros negociadores. Los principales prisioneros están aquí y te envían sus saludos.

Espero verte a bordo de este barco, son los sinceros deseos de tu afectuoso hermano, Michael Brown. Febrero 13, 1816. -Al Sr.

William Brown.

La escena a bordo de los barcos argentinos, mostraba gran actividad. La totalidad de la flota se estaba preparando para la acción y la tripulación estaba ansiosa de entrar en batalla otra vez para recuperar a su comandante. Todos estaban impacientes, pero los oficiales mantenían un firme control sobre ellos para evitar que atacasen a los prisioneros intentando hacer justicia por sus propias manos.

Sin embargo, la última carta de Michael Brown no había tenido respuesta, así que volvió a enviar al Dr. Handford quién fue nuevamente conducido, con los ojos vendados y una bandera de parlamento, a ía presencia del gobernador. Portaba una carta que una vez más tradujo el capitán Villamil:

Guayaquil, febrero 15, 1816, No habiendo recibido ninguna respuesta de Su Excelencia, que esperaba ansiosamente, envió al Dr. Handford para averiguar su decisión final Tengo el honor de ser el humilde servidor de Su Excelencia, A su excelencia el Gobernador de Guayaquil.

El gobernador llamó de inmediato a reunión a los integrantes del Consejo de Guerra y los arengó, diciéndoles que estaba orgulloso de la manera en que los ciudadanos de Guayaquil se habían comportado pero, guiado por su conciencia, no podía continuar la lucha después de haber presenciado el horror del último bombardeo de la ciudad. También expresó su opinión de que proseguir la lucha acarrearía desastrosas consecuencias a causa de las granadas incendiarias que podrían destruir totalmente a la ciudad y en consecuencia, dejar que los asaltantes tomaran ventajas procediendo a la invasión y pillaje en detrimento de los habitantes.

El obispo español de Guayaquil, Dr. José Ignacio Cortázar, expresó que la ciudad debía resistir hasta las últimas consecuencias, pero el coronel Bejarano, también miembro de la masonería, coincidió con el Gobernador en que era preferible llegar a un acuerdo antes de exponer a la ciudad a una destrucción total. Después de discutir los términos del posible tratado, el gobernador nombró a los concejales Don Gabriel García Gómez y el Dr. José López Merino como delegados negociadores con la autoridad necesaria para convenir los términos con los argentinos. El Dr. López Merino se embarcó con el Dr. Handford, trasladándose hasta el *Hércules* para reiniciar las negociaciones. Una vez allí entregó la siguiente carta:

Le envió el acuerdo de las dos comisiones a los términos que Ud. propusiera a esta guarnición, según su carta de fecha 13 de febrero.

Que Dios guarde a Ud. muchos años.

*Al comandante del bergantín Hércules. Guayaquil
febrero 15 de 1816.*

El comandante del *Hércules* trató a los enviados con gran cortesía^ invitándolos a cenar con los oficiales y sirviéndoles una excelente comida con vinos seleccionados, demostrando así que los oficiales ingleses al servicio de las Provincias Unidas del Río de la Plata, no eran piratas, sino correctos caballeros. El comandante Michael Brown vestía su uniforme naval completo y lucía las condecoraciones recibidas durante su servicio prestado en campañas navales con la armada británica. Durante la cena habló incluso de la futura independencia de las colonias hispanoamericanas, diciendo que estaba luchando junto a los patriotas argentinos por la causa de la liberación de toda Latinoamérica del yugo español. Finalmente sugirió que las próximas negociaciones se llevaran a cabo a bordo del *Hércules*? ya que temía que si sus oficiales desembarcaban podrían contraer alguna enfermedad tropical. El Dr. Merino estuvo de acuerdo con él y propuso regresar al día siguiente para completar las negociaciones. Luego de estrecharse las manos con el comandante Brown y los otros oficiales ingleses y argentinos, fue acompañado hasta la borda y despedido con un silbato acorde a su rango, de acuerdo a los usos navales.

De regreso en tierra, el Dr. Merino se reportó al gobernador y entre otras cosas, le contó que había encontrado a bordo a numerosos ciudadanos de Guayaquil conversando con los oficiales argentinos que en ningún momento se habían mostrado como piratas, tal como se había pretendido presentarlos, y que por lo tanto era su opinión que cuanto menos tiempo permanecieran los navíos en el estuario del río,, tanto mejor sería para los intereses de la corona, ya que los oficiales estaban inculcando a los ciudadanos ideas de liberación y habiéndoles de las ventajas que íes traería una independencia del dominio español

El gobernador quedó muy preocupado con estas novedades, ya que sabía que los ciudadanos de Guayaquil solo obedecían a los españoles por temor y no confiaba en su lealtad al Rey. También le habían llegado noticias de los levantamientos contra la corona en Venezuela, el Río de la Plata y otras colonias a través de marinos que arribaban al puerto de Guayaquil, Por io tanto decidió que las

negociaciones se hicieran a bordo del *Hércules*, tanto en beneficio de los intereses de España como de los ciudadanos de Guayaquil, lo más pronto posible para minimizar la acción de los argentinos que podían incitar a un levantamiento. También consideró una buena idea enviar junto a los negociadores al capitán Villamil que, por saber inglés, podía colaborar en la redacción del tratado y también hacerle a su regreso un detallado relato de lo hablado por los oficiales ingleses. También se acordó un intercambio de huéspedes, resolviéndose que el Dr. Handford, se hospedaría en la casa del gobernador hasta que se hubieran concluido las conversaciones a bordo de *Hércules* y los emisarios estuvieran de regreso en la ciudad.

Al día siguiente, el Dr. Merino, el Sr. Gómez y el capitán Villamil, como delegados del gobernador, partieron de Guayaquil hacia el *Hércules* y, a las cinco de la tarde, el Dr. Handford desembarcó de una pequeña barca en el puerto, siendo conducido, con los ojos vendados, hasta la residencia del gobernador donde anunció que el tratado había sido firmado y que los oficiales de la flota estaban ansiosos por partir, en cuanto se hubieran completado los trámites convenidos por ambas partes. El Dr. Handford fue tratado con toda cortesía y tomó el té con el gobernador.

Las condiciones del tratado, de acuerdo a la traducción inglesa del original en español que se conserva en el Museo Histórico de Guayaquil dicen lo siguiente:

1.- Las fuerzas argentinas se retirarán de Guayaquil inmediatamente después que se haya completado el cambio de prisioneros, de acuerdo a lo dispuesto por los comisionados de Guayaquil, actuando en representación del gobernador, Juan Vasco y Pascual, y los designados por los argentinos. Cuatro barcos serán entregados con toda su carga, según lo convenido. Ellos serán las dos goletas Sacramento y Místico y otras dos pequeñas barcas retenidas como presas.

2- También serán entregadas las sacas de correspondencia.

3.- Una vez que las dos comisiones hayan confirmado las listas de prisioneros cambiados por ambas partes, los barcos abandonarán de inmediato el estuario del río Guayas pudiendo marchar a donde quieran y

15 cesando desde ese momento todas las hostilidades hasta encontrarse en mar abierto,

4. - Como garantía de que el trato será cumplido por ambas partes, el Dr. Charles Handford permanecerá como huésped de Guayaquil hasta que las negociaciones se hayan completado y el

capitán José María Villamil será huésped a bordo del Hércules hasta que los prisioneros, Almirante Brown y su tripulación sean entregados a bordo de los barcos argentinos.

Como ratificación de estos cuatro artículos aprobados por ambas partes, lo firmamos a bordo de la nave capitana de la flota en el decimosexto día de febrero de 1816.

Firman; José López Marino (1), comisionado; Gabriel García Gómez, comisionado; Michael Brown, capitán del bergantín Hércules.

Nota: esta noche a las 12p.m. será entregado a bordo el Coronel Comandante Brown.

Antes de abandonar Guayaquil, el Almirante Brown fue a la oficina del gobernador a despedirse, en su mal español le expresó su gratitud por la forma en que había sido tratado en sus días de cautiverio y por la consideración que se había tenido a su rango. Vestía el uniforme naval completo, con casaca negra con bordados de oro y botones dorados luciendo sus condecoraciones, pantalones blancos y tricornio y llevaba bajo el brazo la bandera del navío *Trinidad*. Luego caminó hasta el muelle donde lo esperaba su tripulación y una pequeña barca de guerra empavesada Brown fue saludado con un silbato por un marino al abordar la barcaza y cuando lo siguió su tripulación, fue recibida con hurras y vítores. Antes de partir, el almirante Brown se volvió para saludar a los oficiales españoles que habían tenido la cortesía de vestirse con sus uniformes de gala para la ceremonia de despedida. Una multitud de ciudadanos se habían congregado en la cosía para presenciar la partida del almirante y su tripulación y contemplaban con curiosidad un ceremonial que nunca habían visto antes.

Los términos del tratado fueron escrupulosamente cumplidos por ambas partes. Don Francisco de Ugarte fue enviado a Puna para recibir al nuevo Gobernador de Guayaquil, brigadier Don Juan Manuel de Mandiburu (1); que llegaba con las otras personalidades españolas liberadas.

Antes de dejar el estuario de Punta (1), el Almirante Brown invitó al capitán Villamil a la cámara de oficiales donde se celebró una ceremonia al estilo de la masonería inglesa, junto a otros oficiales miembros de distintas logias.

Cuando el Capitán Villamil se aprestaba a

descender del barco con el ceremonial de práctica, el Almirante Brown, visiblemente emocionado, le entregó como regalo personal la bandera del *Trinidad*? que ahora quedaba varado en Guayaquil, junto con una carta al gobernador en estos términos:

Excelentísimo Sr, Ruego a Ud. atender a los términos del tratado al que se arribara después de los lamentables hechos ocurridos a consecuencia de la intervención de la flota a mi comando. Por mi parte he cumplido con todo lo previsto y me siento muy feliz por ello. Confió en que, de acuerdo a lo convenido, permitirá retornar a mi barco al Dr. Handford. La generosa y humana conducta de Su Excelencia en esta ocasión a estado a la altura del valor demostrado por sus militares en la defensa de la ciudad y por la conducta de sus habitantes, bajo las órdenes de su excelencia. Y como la gratitud es un deber que todo hombre debe reconocer, ruego a Su Excelencia que acepte mi reconocimiento y los sinceros y humildes sentimientos de agradecimiento de su más humilde y obediente servidor, William Brown.

Puna, febrero 18 de 1816,

(El original de esta carta, en español, se conserva en el Archivo Histórico de la ciudad de Guayaquil).

La flota argentina continuó su crucero de guerra y nunca más volvió a Guayaquil. La bandera argentina de la *Trinidad*, sirvió de inspiración para la bandera de Guayaquil, que tomó sus colores cuando la ciudad declaró su independencia de España, el 9 de octubre de 1920. La bandera está, compuesta por tres franjas azules y dos blancas y en su franja central azul, lleva tres estrellas blancas formando un triángulo., un auténtico símbolo masónico.

Así concluye el relato de la captura y rescate del Almirante Guillermo Brown, el texto incluye un epílogo donde se narra la historia de Villamil y su ascenso en la masonería hasta alcanzar uno de sus más altos grados.-Al pié

se encuentra la siguiente nota:

Nota: Virtualmente, todos los libros que sirvieron para preparar este trabajo están escritos en español. Por más detalles pueden dirigirse a Dr J. R Levy-Castillo, Ph.D. - (Chem) M.P.S., C.RA, Casilla de Correo 3606, Guayaquil Ecuador.-

(I).- Se transcriben los nombres tal como están escritos en el original, no obstante, por tratarse de un autor extranjero, es posible que existan errores. En el caso de **López Merino**, el apellido puede ser también **Marino**; en cuanto al estuario, es indudablemente **Pana**, También se han detectado errores en la grafía de Mendibitiro o Mandiburo y en el caso de **Garrichateguy** que figura como "**Garrichatequi**" se ha corregido con la "q" que debe ser una "g". Es posible y habría que comprobar si el apellido original no fue **Gorrichateguy**.

Natalio Marengo Palacios Mar del Plata, junio de 1996

Julio de 2010 - Este artículo sintetizado y traducido por Natalio Marengo hace referencia al libro, que no tenemos a nuestro alcance:

"EL ALMIRANTE GUILLERMO BROWN, -Su captura y rescate masónico en Guayaquil- autor Dr. J.R. Le vi Castillo, Ars Quatuor Coronatorum, Lodge N° 2076, volumen 92 del año 1979- Londres

Traducción al castellano de Francisco Goyogana

